



Guía de lectura

Ama de casa
Maria Roig



Lumen

Penguin Club de lectura

SINOPSIS

Una niña de nueve años espera ilusionada el momento más importante de su vida: su primera comunión. Tal vez entonces todo lo incómodo y oscuro que ha gobernado su existencia cambie de una vez por todas. Al barrio barcelonés del Carmelo, donde vive, llegará el metro. Desaparecerán las incómodas obras que han llenado de agujeros las calles. En su casa, es posible que pueda cerrarse la grieta que separa a sus padres desde hace tiempo, provocada por los problemas económicos y el desamor. Y será un día

en el que ella, por fin, pueda convertirse en la protagonista de una feliz historia. Sin embargo, unos meses antes, en enero de 2005, todo a su alrededor se viene abajo. Una muerte y un abandono dejan a esa niña y a su madre a la intemperie en el instante en que se abre un socavón que engulle parte del barrio y cambia para siempre la historia del Carmelo.

Tejiendo la realidad con la ficción, María Roig nos ofrece un emocionante relato que es al tiempo personal y colectivo, íntimo y político.

CÓMO SE GESTÓ *AMA DE CASA*

Todo empezó con las siguientes palabras:

«Hola, me llamo Maria. Tengo 25 años y llevo dos años escribiendo mi primera novela. La foto de portada es un recorte del periódico del año 2005. La niña soy yo, llevo puesta una camiseta de las Supernenas. Esa foto tuvo lugar debajo de mi casa, yo estaba colgada en la ventana esperando a que sucediera algo. El Acontecimiento. De repente, vi al alcalde de Barcelona en lo alto de la cuesta de Dante Alighieri, cogí mi cámara y bajé al portal. Cuando pasó por delante le pedí hacernos una foto, la concejal nos la sacó. Al día siguiente mi tío, que trabajaba en un kiosko, llamó a mi casa para decirnos que yo salía en *El Periódico*. Fue la primera vez que la vida tan pequeña que yo guardaba en mi habitación se hizo pública. Yo existía para los demás, aunque fuera tan solo La Niña».

Con esa carta de presentación Maria Roig lanzó al mundo un crowdfunding con el que pretendía recaudar el dinero suficiente para llevar a cabo la escritura de la que sería su primera novela: *Ama de casa*. Estaba a punto de cumplir diez años cuando sucedió el derrumbe del Carmelo, un deslizamiento de tierras ocurrido el enero de 2005 en el barrio homónimo de Barcelona, durante las obras de ampliación de la Línea 5 del metro. Este trágico incidente provocó el colapso del terreno, que afectó gravemente a varios edificios y obligó a evacuar a más de 1.000 vecinos. La crisis resultante tuvo un fuerte impacto político y social.

Inspirada en este suceso que cambió el rumbo de su «vida tan pequeña», la escritora y actriz gestó las primeras páginas de *Ama de casa*. En un primer momento, la obra narraba la historia de una niña que, desde la ventana, observaba

y construía su propio mundo, mientras su madre, con una vida limitada al hogar, representaba una existencia confinada y precaria. Roig quería que su primera novela explorara la distancia generacional y las diferencias de perspectivas entre madre e hija, utilizando el derrumbe del Carmelo como metáfora de las transformaciones personales y sociales.

Tras su exitoso proceso de financiación colectiva y mientras María Roig encadenaba trabajos precarios para sostener su propia vida, los primeros borradores de *Ama de casa* llegaron a la

editorial Lumen, y poco a poco fueron creciendo. Saliéndose del terreno de la pura intimidad, Roig inyectó al manuscrito una capa de ficción y lo trufó de poderosas reflexiones sobre la precariedad, el maltrato, la fe y la soledad.

El empeño, el trabajo incesante y la maestría narrativa de Roig han dado como resultado, en palabras de Miqui Otero, «una explosiva mezcla de perplejidad de clase, fantasía popular y ternura durísima», que confirman a su autora como una nueva y poderosa voz literaria del panorama contemporáneo.

QUIÉN ES QUIÉN EN *AMA DE CASA*

LA NIÑA

Es la narradora de esta historia. Tiene nueve años. Vive en un barrio humilde de Barcelona. Su cuarto es su templo, y las canciones de la radio, así como los cuadernos en los que escribe, son sus objetos sagrados. Todo a su alrededor está mal: desamor, violencia, cartas del banco; pero ella cree que cuando haga la comunión, todo pasará, algo bueno llegará a su pequeña vida que con tanta belleza y sabiduría nos regala.

LA MADRE

Obsesa de la limpieza, enseña a su hija a limpiar con lejía y a rezar. Su continuo monólogo, ese «currucucú» que taladra la mente de su hija, representa la queja de la clase obrera, pero también la de la mujer engañada, la de la madre que no llega a fin de mes, la de quien se enfrenta a la muerte de un ser querido, la que trabaja todo el día en su casa con la espalda encorvada y los sueños rotos. El vínculo entre la madre y la niña es el más poderoso de *Ama de casa*, sobre todo cuando las responsabilidades y las culpas se mezclan y se difuminan: ¿hasta dónde es la hija la que sostiene a su progenitora?

EL PADRE

El gran ausente, en todos los sentidos posibles; quizá el culpable de los «currucucú». Un hombre que huye en su Fiat Brava, capaz de dejar a su mujer y a su hija pequeña en la carretera. Un hombre que sabemos que existe porque otros lo mencionan, una presencia poderosa y temible en una casa en la que ya no está.

LOS VECINOS

El señor Virgilio, la señora Pepita, Los Lapiceros, El Abuelo, La Pescadera, El Pajarito, la catequista... un compendio de voces peculiares que dan vida al barrio de la Niña, y que parecen fingir, como ella y su madre, que todo está bien.

LA TOPA

En un colegio en el que a la niña le hacen bullying, La Topa es su única amiga, aunque tampoco por mucho tiempo. La Topa lucha como la que más para que dejen de verla como a una pobre inadaptada. Juntas tienen un plan para huir de sus respectivas vidas.

TASIO

La única ilusión de la niña es este chico medio real, medio imaginario, al que dedica sus poemas y plegarias. Una suerte de Dulcinea, que es al mismo tiempo la esperanza de un futuro y de un amor que nada tiene que ver con el Carmelo, pero sí con el sueño de la niña de tener una vida mejor.

LOS CÓDIGOS GENERACIONALES DE *AMA DE CASA*

Dos cucharadas de Nesquik; las largas tardes en el locutorio, aprendiendo a crear otra versión de nosotros mismos a través del Messenger; los carteles de Compró Oro, tan aspiracionales y mentirosos; el disco de La Oreja de Van Gogh sonando una y otra vez, y hasta Amaia Montero en la gala de fin de año de Televisión Española; los Bocabits y los Fantasmitos; el rostro compungido de Belén Esteban en *Salsa rosa*; los quioscos, cuando todavía eran quioscos y la verdad parecía escon-

derse en ellos; *Operación Triunfo*; bolis de purpurina y camisetas de Kukuxumusu, el maltrato escolar, que aún no se llamaba bullying ni generaba escándalo, porque la salud mental de los niños y de los preadolescentes no parecía importarle tanto a nadie. Ese retrato tan material, tan tangible y reconocible del inicio del siglo XXI marca la estética entera de *Ama de casa*, y es el caldo de cultivo generacional en el que las lectoras nos reconocemos y vemos crecer a la narradora.

RESONANCIAS LITERARIAS EN LA OBRA DE MARÍA ROIG

Hay dos obras clásicas que resuenan en *Ama de casa* casi como si habitaran lo más hondo de la novela, o como si formaran parte de su elenco: por un lado, está la *Biblia*, que despliega sutilmente en el texto un imaginario cristiano gracias al que la protagonista se siente refugiada, mientras espera cumplir su sueño de hacer la comunión. La fe es para la niña como un tesoro, pero también como una llave para abrir la caja del afecto ajeno. Por el otro, se encuentra la *Divina Comedia*. Que la narradora viva en la calle Dante Alighieri da pie a muchas reflexiones sobre los cruces entre la realidad y la ficción, sobre la profecía autocumplida de convertirse ella misma en una escritora, y sobre cómo el arte es una armadura para atravesar los infiernos, incluso cuando se es una niña en un barrio humilde y en una casa cada vez más agrietada.

Más allá de estos clásicos, María Roig ha escrito una novela que es posible hermanar con libros como *Listas, guapas, limpias*, de Anna Pacheco, como *Las maravillas*, de Elena Medel, como *Cara de pan*, de Sara Mesa, como *Vozdevieja*, de Elisa Victoria, o como *La mala costumbre*, de Alana S. Portero. El debate sobre la precariedad, sobre las vidas en los márgenes, sobre la clase social, sobre las aspiraciones, sobre las familias rotas o sobre las infancias marcadas por la violencia está encima de la mesa. Roig escribe desde esa conciencia, y lo hace con la belleza y la plasticidad de un lenguaje embriagador, de un humor sutil, que ha aprendido tras muchos años dedicándose también a la dramaturgia. En ese sentido, en *Ama de casa* también hay algo de esa generación de jóvenes dramaturgas que han transitado a la novela, como pueden ser Rocío Collins o Carla Nyman.

FRAGMENTOS

«Ninguna de las dos menciona los últimos días o las últimas semanas. Las encerramos en un paréntesis como si se tratara de una época de la que no hace falta hablar en voz alta. Ella misma lo dijo anoche después de pagarle con billetes al taxista: “Este es Nuestro Secretito”. Algo nuestro y de nadie más. Con el desayuno intacto encima de dos servilletas, la una frente a la otra, sentadas sobre la colcha de la cama, repite que no ha pegado ojo y que Ya-No-Está. Me cuesta desentrañar las palabras con el ruido de la hormigonera y de los coches colándose por la ventana del comedor y atravesando

el pasillo hasta mi cuarto. No obstante, asiento y repito lo que ella hace y lo que ella dice porque esa es la función de un soldado. Cuando lanza la orden de proseguir con la línea de acontecimientos, desmantelamos la mesa y pasamos un trapo húmedo para abrillantar el rectángulo de madera que rápidamente va a ser plegado de vuelta a la pared. Verticalidad y movimiento de muñequitas rusas. Nos comunicamos con palabras huecas, nos desplazamos por mecánica y repetición. Memorizo y ejecuto las acciones que definen si me estoy portando bien, trato de funcionar como lo harían unos brazos ad-

heridos al cuerpo de mi madre. Incluso en nuestro estado me recrimina que lo que hago está mal y, con cara de decepción, se pone ella a la tarea. Imposible desdeñarla o llevarle la contraria. Unos días sin ella y ya he perdido la práctica. Plancha con las manos tres veces seguidas los pliegues de la colcha donde nos hemos sentado, rastrea que la superficie de la mesa plegada brille desde todos los ángulos de visión. Se desplaza hasta el teléfono y comprueba si hay llamadas o algún mensaje en el contestador, cosa que, por cierto, se le pasó hacer anoche. Cuando está segura de dejar el piso más o menos decente se santigua frente al espejo: “En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, amén”. Y luego me santigua a mí poniéndome su dedo húmedo en el centro de la frente. Cuando era más pequeña pensaba que persignarse era un movimiento que empezaba en los pies y acababa en la cara. Que consistía en golpear el suelo con la punta del pie tres veces seguidas, dar varias vueltas giratorias y acabar con el signo de la cruz tres veces sobre el cuerpo con el dedo pulgar. Una cruz sobre la frente, una cruz sobre la boca y una cruz sobre el pecho. Pensaba que todo esto había que hacerlo estrictamente en el momento en que cruzábamos la puerta de casa y la puerta del portal, porque es ahí donde mi madre hace toda esta coreografía. No fue hasta que empecé la catequesis y Consuelo nos enseñó a persignarnos que me di cuenta de que los nervios de mi madre se solapan con los signos de fe. Ahora sí que soy capaz de separar unos de otros. Cada tres frases, mi madre se lleva la señal a la boca

y luego golpea tres veces la mesa con los nudillos de las manos y tres veces el suelo con la punta del pie. Percibe un objeto fuera del sitio donde ella lo tenía colocado, y eso hace que vuelva a repararlo todo. Cuelga y descuelga el teléfono, pasa un dedo por la superficie de los muebles para comprobar si hay polvo o pistas de algo, recoloca el jarrón en mitad de la mesa y calcula que las distancias desde el centro hasta los bordes sean exactamente iguales.

Por último, se toca el costado:

—Me doléis aquí. Parece mentira cómo está la casa. Gracias a Dios que ya le he dado una primera pasada. Sois iguales. ¡Va! Hay que salir pitando al colegio.

Frente a ella, mantengo la cabeza gacha y lanzo un perdón que ya tenía preparado pero que no sirve para nada. Habla en plural como si fuéramos muchos y como si tuviera una audiencia a la que rendirle explicaciones y demostrar que ella todo lo hace bien. Nos mete en el mismo saco a mi padre y a mí, como si yo estuviera con mi padre en vez de estar aquí con ella. Si tuviera un hermano, por lo menos las culpas nos caerían a los dos.

—¿Qué me he perdido?

—¡Nada!

—Te lo veo en la cara.

—¿El qué?

—Nada, déjalo. ¿Adónde miras?

—A ningún sitio.

—De repente me miras fijamente. ¿Tengo monos en la cara o qué?

Si me despisto diciendo una palabra que no toca, o mirando hacia donde no tengo que mirar, provocho en ella una cri-

sis nerviosa. Cuando le pueden los nervios, toco madera en mi frente ancha para que todo vaya mejor. La habitación contigua, la de mi padre, permanece con la puerta abierta. Los materiales de obra que no cabían en el Fiat Brava debido a que había que hacer sitio para que pudiese sentarme en el viaje de ida al pueblo, y también para que se pudiera sentar mi madre en el viaje de vuelta, siguen en el suelo ocupando todo el espacio. Justo en medio, tal y como los dejamos mi padre y yo al salir pitando antes de ayer. Al mirarlos me entran ganas de llorar, pero las aprieto como cuando aguanto la respiración debajo del agua.

La habitación leonera de mi padre podría haber sido la habitación para un hermano muy pequeño. Es así como siempre la imaginé. Para uno que nunca creciera y que se alistara a mi ejército de la salvación, a quien podría dominar como yo quisiera. O para uno mayor, que me defendiera en el colegio, me acompañara en los asaltos y en días como el de hoy. Habríamos armado una trinchera juntos, seríamos dos soldados. ¿Uno para cada padre? Eso nos hubiera enfrentado. Uno vigilaría tras la puerta, otro tras la ventana que comunica con el patio. En los viajes, los dos vigilaríamos desde el asiento trasero.

Seríamos leales y justos.

Nos imagino interactuando en mitad del pasillo:

—Tenemos que posicionarnos.

—Cómeme mis sardinas, haré lo que me pidas a cambio.

—¿Me dejas pasar a tu cuarto?

—¿Cuál es la palabra secreta?

—Calefacción.» (pp. 16-20)

«Si no fuera por el hundimiento, mi madre podría haber sido monologuista. Todo eran soliloquios en casa, con mi escucha parpadeante, hablar incesantemente, sin freno, sin punt i apart. Creo que soy monologuista porque lo aprendí de mi madre. El flujo de conciencia a rienda suelta, la verborrea, un taladro que hace cosquillas: currucucú, currucucú, currucucú. A veces pienso a qué se podría haber dedicado mi madre si no hubiese sido ama de casa, ama de una casa a la que nadie ama, a la que nadie entra, ama de muebles, de llaves, de baño y cocina. Esclava de la limpieza y de la naftalina. A veces me la imagino creativamente y la veo monologuista. O detective privado. Ojalá pudiera sacarla del ímpetu de cuidar una casa. Hay tanta vida allá fuera. Los cuadros un día se marchitan, la fe caduca, cristales limpios con Cillit Bang, las manos descamadas, el sexo a remojo, la voz en la escalera de vecinos y las noches en vela. Todas las listas y las cosas pendientes colgando de las orejas. Cuando estoy fuera de casa siento como si un cordón invisible atravesara la ciudad hasta llegar a cobijarse de nuevo en la habitación donde mi madre y yo comíamos pegaditas para no pasar frío, o hasta el banco de la iglesia donde pedíamos perdón a Dios. Realmente siento una añoranza extraña que me impulsa a llorar, me siento una niña fuera del vientre expuesta al terror del mundo, una devota que ha traicionado a sus raíces y a Dios. En esos momentos me gustaría estar de camino a misa con mi madre, hablando de nada, en ese calor tan miserable que genera el roce de los días habitables donde ella habla y yo escucho, donde ella

hace currucucú, currucucú, currucucú y yo no oigo nada. Mientras mi madre habla, insulta, se recupera, pierde el hilo conductor, vuelve y me ama, yo aborrezco el verbo que cuelga de mi lengua materna, el paladar me escuece horrores, me vuelvo disléxica, incapaz de decir dos frases en alto sin que se me hunda la lengua como mi barrio se hundió en un socavón. Mientras mi madre habla, yo aprendo a callar y me dedico a estudiar clandestinamente, busco una cueva donde estar a salvo, lloro y entre tanto estudio y leo textos teóricos y me entran unas ganas inmensas de rendirme y quemarlo todo porque no me apetece formar parte de la academia con el corazón hecho pedazos en el derrumbamiento del Carmelo. Mientras mi madre focaliza su vida en hincarme agujas como si fuera su muñeca de vudú, cerca de la calle Calafell, donde en 2005 caían los portarretratos de familia por la repentina llegada del metro a un barrio obrero, yo salgo de casa como si llevara un camión a cuestas, llego a la biblioteca y me dejo caer allí muchas horas. Juan Marsé es la nueva iglesia a la que acudo cada día, sin curas ni madres. Tampoco voy a la iglesia de Santa Teresa de Jesús desde que la desalojaron, porque no me quiero encontrar a nadie, porque no parece una trinchera, por-

que mi madre y yo ya no hacemos cosas juntas, porque encierra demasiados recuerdos y, ante las evidencias, la fe se cae a trozos como en un atropello. Ya no hay ritual que valga. Voy a los sitios a pie, sin tener nunca un verdadero lugar al que acudir, intento leer para cultivar mi mente y elevarme, huir de la vulgaridad de los insultos de un ama de casa y ponerme a la altura del privilegio intelectual. Con nueve años, mi madre me decía: “No quieras vivir por encima de tus posibilidades”, y cosía esas palabras a mis bolsillos, y yo cosía mis manos, llenas de eczemas, supurando, siempre obreras, a la estética del resentimiento. Con culpa, paso del colegio al trabajo, y me olvido de la religión, me enfado con Dios y aun así le pregunto: “¿Por qué me has abandonado?”. Aunque siento que en realidad lo he abandonado yo. Utilizo trabajo y academia para vaciar mi mente de todo contexto. Paso por alto todo socavón. Cierro la puerta de casa y me impongo una sonrisa complaciente. Voy a los sitios a pie para no gastar dinero, para mantenerme delgada. En ciertos momentos me parezco una mujer sin sexo en estado de contemplación. Me parezco a mi madre. A veces me gustaría gritar: “Mamá, un día nuestras posibilidades cambiarán”.» (pp 182-185)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Ama de casa* es una novela que juega con la realidad y la ficción, con lo autobiográfico y con lo inventado. ¿Qué os ha parecido el retrato de la intimidad que hace aquí María Roig?
2. ¿En qué medida creéis que *Ama de casa* puede considerarse una reflexión sobre la construcción de la identidad femenina —tanto la de la niña protagonista, como la de su madre— en contextos de crisis?
3. ¿Qué sentido le dais vosotras al «currucucú», tantas veces pronunciado en esta historia? ¿Qué creéis que contiene dicha cancioncilla?
4. *Ama de casa* está narrada desde el punto de vista de una niña, ¿qué os parece su ternura? ¿Podría ser que sus padres la estén obligando a ser más fuerte de lo que debería esperarse de alguien de su edad?
5. ¿Conocíais el barrio de Barcelona en el que se desarrolla la trama principal de la novela? ¿Y el suceso del derrumbamiento de El Carmel? ¿Creéis que esta novela es una reivindicación de las vidas truncadas por la precariedad? ¿Creéis que pone en valor la periferia?
6. ¿Qué simboliza la grieta que separa a los padres de la protagonista? ¿Cuál creéis que es la idea del amor y del desamor que explora Roig?
7. ¿Y qué ideal del amor es el que se extrae de su dibujo de Tasio?
8. La lista de personajes del barrio de la protagonista es muy pintoresca, ¿qué personajes os han gustado más? ¿Encontráis resonancias entre esos vecinos y los que formaron parte de vuestras propias infancias?

9. La lista de referencias generacionales es total: desde marcas de comida que todo nacido en la década de los 90 recordará con cariño, hasta las canciones de La Oreja de Van Gogh. ¿Os habéis identificado con alguna de esas referencias?
10. Otro de los elementos importantes de este libro es la religión. ¿Cómo representa la fe María Roig? ¿Es más bien un sinónimo de la esperanza?
11. A este respecto, ¿qué paralelismos existen entre la destrucción física del barrio y las rupturas emocionales en la vida de la protagonista; así como entre su pasión por hacer la comunión y sus ganas de ser escuchada por los demás?
12. ¿Qué críticas sociales se evidencian en la novela respecto a la precariedad y las dificultades de las clases trabajadoras? Especialmente en el colegio, ¿cómo afecta la precariedad familiar en la vida de los niños de su colegio?
13. Por último, merece la pena hablar del estilo de la escritura de María Roig. La suya es una escritura muy lírica, al tiempo que concreta. Recuerda a algunas obras de autoras de su generación: Elena Medel, Anna Pacheco, Elisa Victoria; pero también a clásicas contemporáneas como Annie Ernaux. ¿Qué otras resonancias veis en su escritura?

LA AUTORA



MARIA ROIG (Barcelona, 1996) es actriz y escritora. Cursó Estudios Literarios en la Universidad de Barcelona. Desde los catorce años ha trabajado como canguro, como recepcionista, como animadora de fiestas infantiles y hasta como ca-

marera en Noruega. En sus horas libres se dedicó a la lectura y a la escritura. Frutos de tales esfuerzos son sus obras de teatro y su proyecto más ambicioso hasta la fecha: *Ama de casa*, su primera novela.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Con una voz singular y poderosa, María Roig firma un relato indispensable sobre las lealtades que definen la infancia».

Laura Ferrero

«Una explosiva mezcla de perplejidad de clase, fantasía popular y ternura durísima. La protagonista de esta historia de un hundimiento, del que emerge una vocación, juega en la misma mesa que la Daniela Astor de Marta Sanz y la *Vozdevieja* de Elisa Victoria».

Miqui Otero

«Belleza y compromiso. La prosa de María Roig araña en las cicatrices de la memoria de nuestras infancias precarias. Su *Ama de casa* llega para ampliar esa línea trazada por la narrativa de Belén Gopegui, Elvira Navarro o Alana S. Portero, con una historia descorazonadora sobre una familia que se rompe en un barrio humilde de Barcelona. Una primera novela luminosa».

Luna Miguel

